LA DANZA REINTEGRADA A MÉXICO

Taller Coreográfico de la UNAM
Nitzarindani Vega

Por Gregorio Luke

El Taller Coreográfico de la UNAM ha logrado las dos metas más difíciles a las que puede aspirar una compañía dancística: crear un repertorio original y formar un público regular. Para ello ha revolucionado la manera de crear, presenciar, y difundir la danza en México.

Las estadísticas son impresionantes: en treinta y ocho años el Taller ha ofrecido 1298 funciones para más de un millón de espectadores; ha estrenado 196 ballets de 50 coreógrafos; publicado seis libros; presentado 43 exposiciones, producido 225 videos e impartido clases a más de ocho mil estudiantes en su Seminario de Iniciación a la Danza.

Pero más allá de las cifras, el impacto de su labor es profundo. De él han surgido bailarines, coreógrafos, músicos, promotores, escenógrafos, técnicos, fotógrafos y maestros que se han integrado a las principales instituciones dancísticas del país.

La danza reintegrada a México

En su labor de difusión, el Taller Coreográfico adoptó muchas de las estrategias del movimiento estudiantil: se acudía a los salones de clases a invitar directamente a estudiantes y maestros; las funciones se anunciaban con megáfonos; se repartían miles de volantes; se colocaban mantas y pegaban carteles con engrudo en todos los muros de Ciudad Universitaria.

Artistas como Vicente Rojo, Rafael López Castro y Efraín Herrera diseñaban carteles y programas. En la tarea de divulgación, al igual que en la de programación y producción, había que encontrar nuevas fórmulas para interesar al auditorio. Los programas, por ejemplo, se diseñaban en forma de separadores para libros o forros para cuadernos, con el propósito de que cada vez que el estudiante leyera o escribiera, encontrara un recordatorio de la actividad de la compañía.

El grupo de amigos fue haciéndose cada vez más grande y a él se sumaron numerosos intelectuales, estudiantes, trabajadores, y artistas. Cada fin de temporada se organizaba exposiciones de pintura, escultura, fotografía y poesía en el vestíbulo del Teatro de Arquitectura.

Surgió un público joven, activo y participante que no se limitaba a aplaudir desde su butaca sino que hacía suyo el trabajo al incorporarse al proceso creativo.

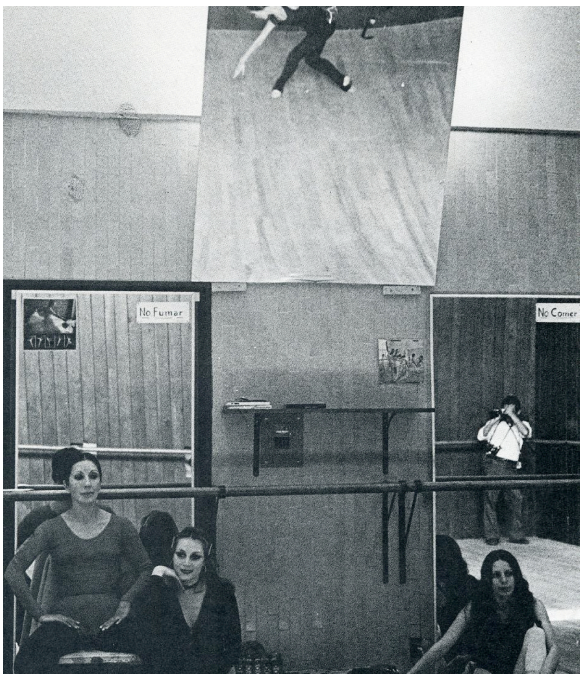
"Con el Taller Coreográfico de la UNAM--escribe Manuel Blanco-- se ha hecho posible el surgimiento, por primera ocasión en la historia de nuestra danza, de un grupo vivo, actuante y ligado estrechamente a una gran masa de espectadores".

Lilia Martínez dice: "En este medio donde abundan los teatros vacíos, donde supuestamente no hay público para la danza, el Taller Coreográfico se presenta invariablemente ante teatros repletos, desde el teatro Flores Magón,

Taller Coreográfico de la UNAM

Volantes promocionales

Guillermo Soto Curiel



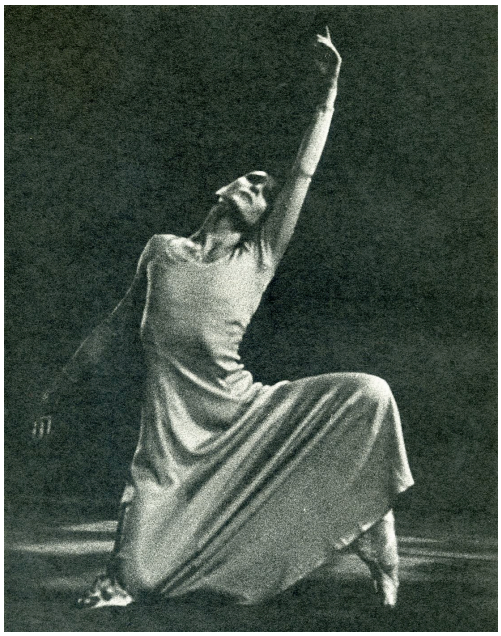
La danza reintegrada a México

al Teatro de la Ciudad, el escenario es siempre el mismo: colas enormes, personas sentadas en las escaleras, estudiantes, trabajadores, amas de casa, intelectuales deseosos de ver un grupo de danza cuyo arte es auténticamente moderno porque importa y conmueve al hombre contemporáneo".

La fuerza principal del Taller es su corografía que es original y variada. Abarca tanto obras hechas con música del siglo XIV como las creadas para música contemporánea". Un esfuerzo especial se ha hecho para crear ballets con música mexicana desde la de Carlos Chávez, Silvestre Revueltas, Manuel M. Ponce, Pablo Moncayo y Blas Galindo hasta la de Mario Lavista, Eduardo Mata, Federico Ibarra, Raúl Cosió, Juan José Calatayud o Leonardo Velázquez.

Dos de los principales escenográfos mexicanos: Kleómenes Stamatiades y José Cuervo, hicieron el grueso de su obra para el Taller Coreográfico, del primero recordamos su trabajo en Sensemayá, Arcana, Alabanzas y Una Pierna Para Neruda; José Cuervo hizo también diseños memorables para obras como Hora de Junio, Redivivo o Requiem para un Poeta. En este terreno también debe mencionarse la labor de David Griffith, Laura Juárez, Bárbara Waserman y Julián Pablo y Jorge Solares.

Ha existido un estrecho contacto con poetas y pintores. Carlos Pellicer participó en la producción de Hora de Junio y dedicó uno de sus últimos sonetos a Gloria Contreras. En 1980 se convocó a un certamen internacional de poesía y dibujo sobre danza. Con los trabajos ganadores se publicaron Elogio de la Danza de José

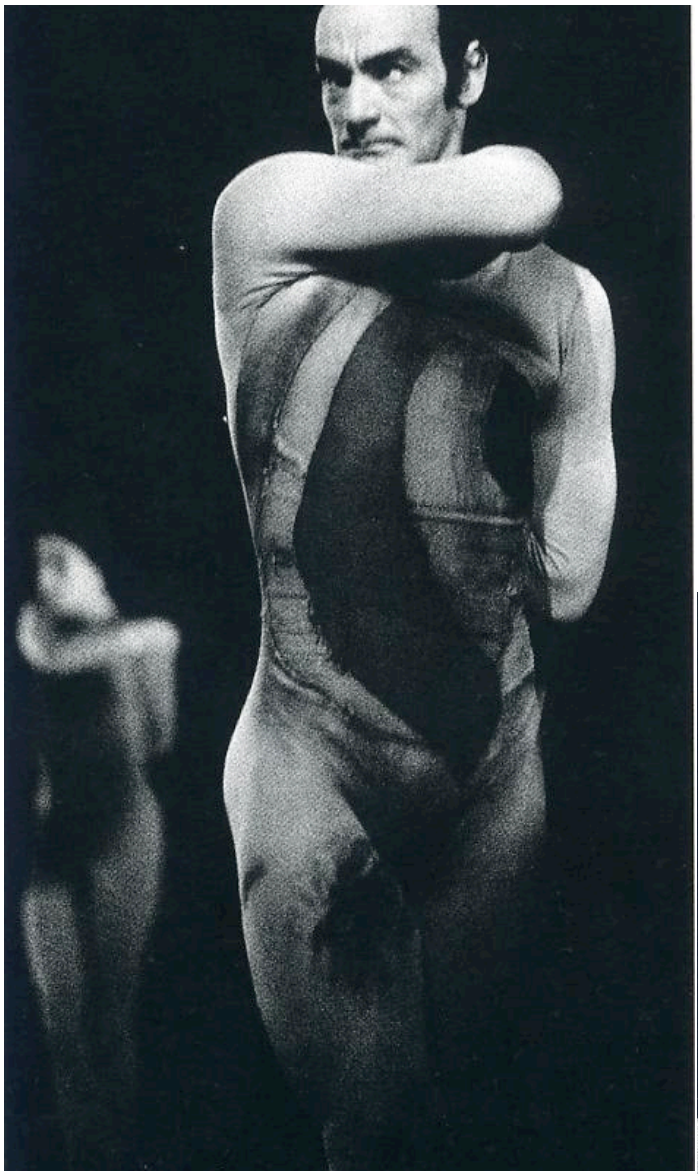


Taller Coreográfico de la UNAM
Carlos Sáenz

Ruiz Rosas con dibujos de Anhelo Hernández, El Espejo del Cuerpo de David Huerta con dibujos de Guillermo Guzmán y El Espectro de la Danza de Mariano Flores Castro con dibujos de Guillermo Zapfe.

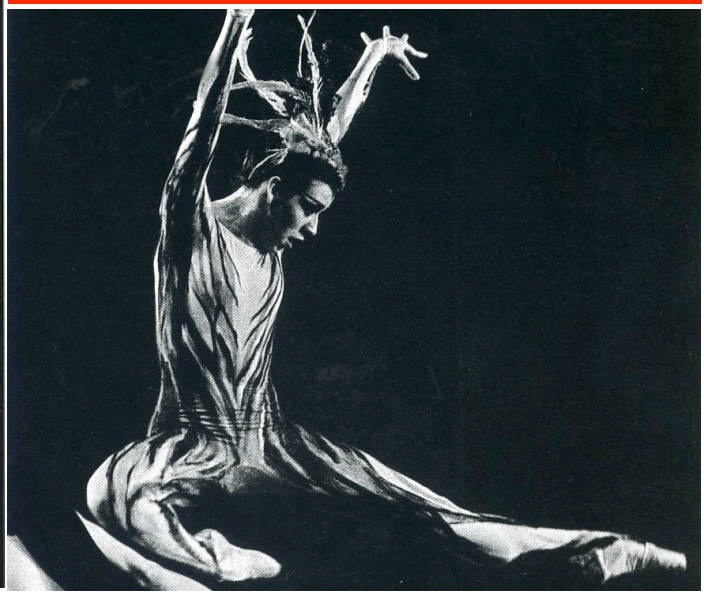
Prolífica también ha sido la relación con fotógrafos y cineastas. Los fotógrafos residentes han sido Ernosto Macip, Francisco Murguía y Gerardo Doneau, quienes también han realizado videos de la mayor parte del repertorio.

Resultaría muy larga la enumeración de bailarines y coreógrafos, entre ellos Cristina Gallegos, Marco Antonio Silva, Margarita Contreras, Cora Flores, Carlos López, Aurora Agüera, Isabel Achard, Adriana Castaños, etc. La parte medular del repertorio se ha integrado con coreografías de Gloria Contreras. A menudo se ha dicho que sus coreografías son "visualizaciones



“Sus obras captan la escencia imperecedera del hombre.

Luis Bruno Ruiz



Taller Coreográfico de la UNAM
Ira Gavrin
Francisco Murguía

La danza reintegrada a México

de la música”; esto se debe a que en ellas la música no es un mero acompañamiento sino un participante vivo y actuante; el movimiento no surge de una idea preconcebida sino de las exigencias de la música, por ello le resulta imposible bailar de la misma forma a Bach y a Varese, a Machaut y a Stravinsky. Su amplio vocabulario dancístico le permite encontrar un tipo de movimiento que se ajusta a cada partitura musical. Las coreografías de Contreras son tan diversas que podría pensarse que fueron compuestas por autores distintos Pero la diversidad es sólo aparente: su sello distintivo va más allá de lo formal, está en la esencia misma de sus danzas, en su humanismo. Ver sus obras--afirma Patricia Cardona-- es verse en ellas, es encontrar ciertos contenidos propios de quien los contempla”.

Escribe Luis Bruno Ruiz: “Sus obras captan la esencia imperecedera del hombre. Rechaza el libreto porque lo que se hace no es teatro danzado o pantomima, sino danza, movimiento; no es que se niegue la emotividad, sino que se invita al espectador a llevar la suya al escenario formando así un fenómeno plural, una obra de arte cuya razón de ser es la comunicación”.

La danza reintegrada a México

En 1980 la UNAM construye la Sala Miguel Covarrubias en el Centro Cultural Universitario. La sala cuenta con todos los adelantos técnicos, lo que permite al Taller Coreográfico emprender obras más ambiciosas. La planta de bailarines crece. Se organizan los festivales Bach, Ravel, Varese, Stravinsky. Se comisionan partituras; se invita a coreógrafos de otros países y se rescatan coreografías mexicanas del pasado.

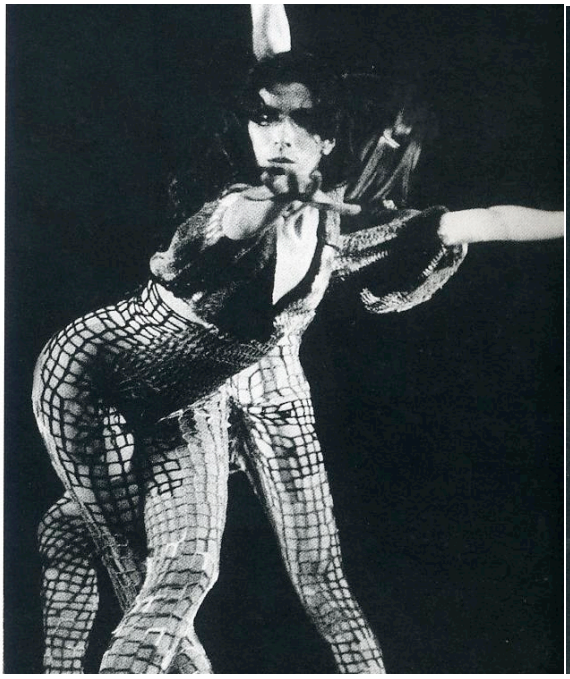
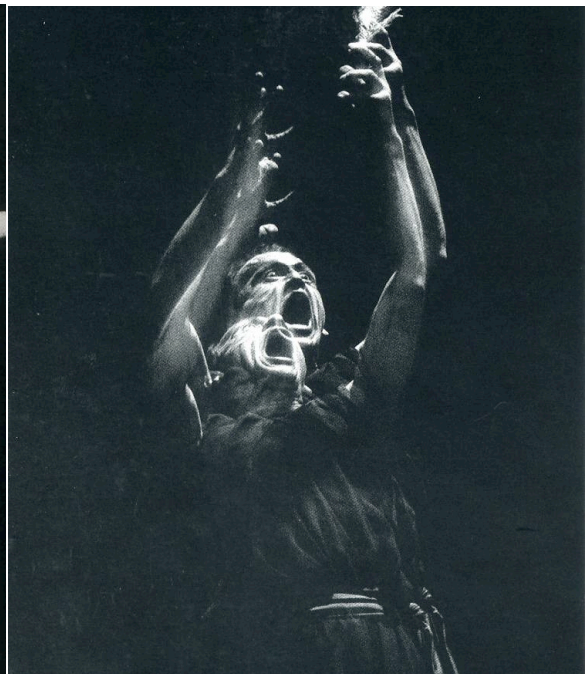
Pero no obstante el éxito y reconocimiento crecientes, el Taller Coreográfico de la UNAM no ha modificado sus postulados esenciales ni abandonado su base social. Sigue siendo un centro de experimentación y de búsqueda e invariablemente, como hace treinta y ocho años, baila para los estudiantes todos los viernes en el Teatro Arquitectura, hoy Carlos Lazo.

La aportación fundamental del Taller Coreográfico de la UNAM es haber sido capaz de crear una danza mexicana en el sentido más amplio del término.

La danza del Taller es mexicana no sólo por el lugar en que se produce o la nacionalidad de sus creadores e intérpretes, sino porque es un producto social, reflejo del México contemporáneo.

Es una obra múltiplemente fecundada orgánica y viva; testigo y testimonio de su tiempo.

Taller Coreográfico de la UNAM

Carlos Silva Echartea

Nitzirandini Vega